

IX

Y nuestros amigos de Tlascala, nos ayudaban en toda la guerra muy como varones..... Y los de Tescuco y los de los pueblos de la Laguna.—*Bernal Díaz del Castillo, Cap. 151.*

Y llegaron 50,000 Tlascaltecas.—*Carta III de Hernan Cortez á Carlos V.*

Cual bajo la hoz activa
caen los trigos deshechos,
cual cae la uva madura
antes de entrar el invierno,
así, ¡oh Anahuac! tus príncipes
y tus valientes cayeron.
¿Dónde tus emperadores,
en dónde están tus guerreros?
¡Oh Tlascallan! ¡oh ignominia!
No al golpe de los aceros,

de la traicion á los golpes
unos tras otros cayeron.

No los que con nuevas armas
tus legiones sorprendieron,
no los pocos españoles
que, audaces aventureros,
se lanzaron atrevidos
para dominar tus pueblos,
te domaron, ¡oh amazona
temible del mundo nuevo!
caiste bajo los golpes
de la traicion, ¡golpes fieros
de tus hijos! ¡de tus hijos!
tu antiguo valor rindieron.

No fué Cortez, fué Tlascala,
no ¡oh rabia! los extranjeros,
no los que altivos, sus naves
hicieron presa del fuego,
tus ciudades dominaron
y tus príncipes vencieron.
¿Qué era un puñado de pocos
aunque valientes guerreros,
para el valor y la audacia
de los mexicanos pueblos?
¿Qué contra tus nobles hijos
hubieran podido ellos
si no fueran auxiliados

por los que el sér te debieron?
 Y ¡oh mengua! ¡Se llaman héroes!
 ¡de su hazaña están soberbios!
 ¡y la historia adúladora
 los eleva hasta los cielos!

¿Qué capaz era el Malinche
 ni los que con él vinieron
 de humillar á las legiones
 de Guatimocztin excelso?
 Si España vencer no pudo
 de la Flandes el denuedo,
 y tras luchas gigantescas
 al fin fué libre el flamenco,
 ¿cómo de los mexicanos
 dominara el ardimiento?

Si el conquistador de Anáhuac
 (así se llama á lo menos)
 si Cortez con sus soldados,
 tan solamente con ellos,
 sin auxilio de Tlascala
 avanzara sobre México,
 ni un español solo queda
 de sus arrogantes tercios.

Si á pesar de que auxiliados
 por los Tlascalcas fueron,
 por los bravos totonaques
 y por los valientes pueblos

que rodean la laguna,
 solo á la victoria vieron
 despues de la *Noche triste*
 y despues de mil encuentros
 en que las flechas y el dardo
 á los cañones vencieron.
 ¿Qué hubiera sido si acaso
 fiados en sus esfuerzos,
 á México y á Tlascala
 atacan al mismo tiempo?
 ¿Qué, si sus fieles aliados
 les hubieran sido adversos?

Oh, Fama! ¿por qué te vendes?
 ¿por qué te haces instrumento
 de las pasiones innobles
 que nacen de humano pecho?
 Gloria! ¿tú te prostituyes
 cual la Fortuna? ¿Son ciegos
 tus ojos como los suyos?
 Oh, Historia, y tú eres su eco!
 ho Tú, mengua! con tus trompetas,
 pregonas al universo
 que un puñado de valientes,
 de audaces aventureros,
 conquistaron el Anáhuac!.....
 Historia, yo te desmiento.

De la pote te Tlascallan

los numerosos ejércitos,
 sus millares de soldados
 (oh viles traidores!) fueron
 los que á los hijos valientes
 de Tenoxtitlan vencieron.
 ¿Qué era de la artillería
 el relámpago y el trueno,
 si altivos los mexicanos
 les oponian su pecho?
 ¿Qué la pólvora valiera
 ante su invicto denuedo?

Otro auxiliar mas temible
 los agresores tuvieron;
 ellos que en nombre del Cristo;
 del Santo Dios de los cielos,
 se llamaron los señores
 de los mexicanos reinos,
 no los hubieran vencido,
 si el fanatismo perverso
 no tambien viene en su apoyo
 enviado del infierno.

Ellos dizque el cristianismo
 les predicaban y ellos
 cual hijos de Quetzacoatl
 el dios que preside el viento
 se presentaron altivos
 al fanatizado pueblo.

Y dicen que generosos
 civilizacion le dieron.
 Civilizar! Lo acreditan
 de los Aztecas los restos
 y del gran Netzahualcoyotl
 y de Guatimoc los nietos.
 Despues de dos y tres siglos
 no son cristianos al menos,
 y semi paganos gimen
 entre la barbarie envueltos.

Civilizar! Yo comparo
 á aquel mexicano pueblo
 que hacer supo el calendario
 y elevar su altivo templo,
 y en Cholula las pirámides
 levantar hasta los cielos,
 con las razas degradadas
 que descenden de aquel pueblo,
 y que hoy como Parias tristes
 se arrastran sobre su suelo.

Civilizar! Si á Tzintzuntzan,
 si á Ixtapalapa el viajero
 llega, no hallará ni sombra
 de lo que eran en un tiempo.
 ¿Y hallará un Netzahualcoyotl?
 ¿Un Netzahualpilli al menos?
 ¿Un Guatimoc? ¡Ignominia

para los que de un gran pueblo
hicieron parias humildes,
y esclavos tristes hicieron!
¡Y dicen que el Cristianismo
establecieron en México!.....
Cristianos en Cheranásticuri
en donde rinden incienso
á miserables reptiles
que se arrastran por el suelo!
¡Cristianos en la alta Sierra
del Estado de Guerrero!
¡Cristianos á los que sirve
la misa como pretesto
para adorar animales
bajo la imágen envueltos!!

Oh! tres siglos no bastaron
del Anáhuac á los dueños
y conquistadores, sino
solo para embrutecerlo.
Oro, su fin tan solo era.
Oro, su único anhelo.
Riqueza mal adquirida
debida al sudor ageno.
En vano fué que Vicario
de Cristo, con santo celo
bajo escomunion prohibiera,
bajo castigos severos,

hacer esclavos los hijos
del americano suelo:
avaros los que se llaman
de América misioneros
oculta ó abiertamente
esclavos dó quier hicieron.

En vano el grande Las Casas,
cristiano digno de serlo,
y don Vasco de Quiroga
y otros pocos como ellos,
procuraron de los índios
cambiar el destino adverso.
Todo en vano. La codicia
incitada del infierno,
la maldita sed de oro,
los dioses únicos fueron.

¡Oh Teotl! Cuando la Atlándida
hundiste en el Ponto inmenso,
arrojando entre las olas
su llano y montes soberbios,
¿por qué tambien el Anáhuac
no sumergiste con ellas?
¿Por qué, Anáhuac, tus volcanes
arrojando voraz fuego
no acabaron con tus hijos
antes de que fueran siervos?
Mexicanos, y Purechas

y Otomis, y los que fueron
 del entonces grande Anáhuac
 los señores y los dueños,
 deben envidiar la suerte
 que allí en el Norte sufrieron
 los Natchez, los Muscogulgos,
 y todos los otros pueblos
 que, bajo el Sajon altivo,
 del mundo desaparecieron.
 A lo menos ya no existen:
 no son párias á lo menos.

X

LA BATALLA.

Todo acabó. Como el viento
 que hecho huracán espantoso
 pasa sobre los viñedos
 que estaban, hacia poco,
 cubiertos de ricos frutos,
 y él, arrasándolo todo
 frutos y hojas arrebató,
 dejando solo los troncos,
 así pasó la conquista
 por sobre el Anáhuac todo.

Nuño de Guzman... .. su nombre
 es á la justicia odioso:
 llegó á Tzintzuntzan; el rey
 fanatizado cual todos
 se hizo del rey de Castilla
 vasallo. ¡El cedió su trono!

mas no contento con eso
 el español codicioso
 oro le exigió en seguida,
 mas oro, y luego mas oro.
 Quedó el rey pobre, muy pobre,
 El ayer tan poderoso;
 pero Guzman no saciado
 con agotar sus tesoros,
 le exigió mayor riqueza
 despues de quitarle todo.....
 Nada tuvo el rey mendigo
 que darle..... Entonces furioso.....
 ¡Oh! ¡si pudiera á la historia
 evitar este sonrojo!
 ¡Si la humanidad pudiera
 olvidar que de este modo
 un hombre la deshonrara
 de los hombres con desdoro!
 Si olvidara que esta hiena
 cubierta de humano rostro.....
 No insultemos á las hienas,
 que este hombre... ¡hombre, qué sonrojo!
 le dió tormento al monarca
 porque ya no tuvo oro!
 Sus piés con aceite hirviendo
 mandó quemar poco á poco
 que ardian como dos leños

rezagados en el horno.
 Fueron perdiendo su forma,
 fueron quedando dos trozos
 de carbon..... carbon que sufre,
 carbon vivo y doloroso.

Cuál sufriria el monarca
 que ayer sentado en el trono
 se veia respetado
 de mil pueblos numerosos,
 á quien reyes y caciques
 procuraban de mil modos
 evitarle con cuidado
 aun de dolor el asomo!
 ¿Y qué dar si no tenia?.....
 ¡Oh Dios santo y poderoso!
 ¿en dónde estaban tus rayos?
 ¿cómo pudieron tus ojos
 contemplar esto, y tu brazo
 quieto estarse sin enojo?
 Tambien Guatimoc, por orden
 de Cortez, este horroroso
 tormento sufrió, y tus manos
 no se movieron tampoco.....
 Yo sus arcanos venero;
 pero á ellos no los perdono.

Todo acabó..... Ya no hay reyes,
 no hay pueblo, quedan tan solo

para sufrir los esclavos.
 Cuán felices, cuán dichosos
 los que á las manos morian
 de sus amos codiciosos!
 Los guerreros no sufriendo
 del vil látigo el sonrojo
 han huídose á las selvas
 y á los montes mas remotos,
 porque allí mas que á los hombres
 hallan los tigres piadosos.
 Mientras que así unos se esconden,
 se han reunido algunos pocos
 que conservan la memoria
 de sus abuelos gloriosos.
 Ocho son, pequeña tribu
 resto valiente aunque corto
 de los Purechas que un dia
 fueron de la tierra asombro.
 Atlatzin se halla con ellos
 y con Atlatzin Cirosto,
 van tristes, desde la frente
 al pié cubiertos de polvo.
 Llevan caído el escudo
 y las armas en los hombros.
 Caminaban en silencio,
 llevaban bajos los ojos,
 conocian que extranjeros

eran en su patria todos.
 De repente de los montes
 bajó un hombre, vió á los ocho,
 se detuvo, hizo una seña
 y se les reunió bien pronto.
 Es un mensajero: viene
 todo cubierto de lodo
 y llega ahora de Tzintzuntzan
 donde fué enviado hace poco.
 —¿Qué nuevas traes?
 —Muy tristes.
 —¿El pueblo?
 —No hay pueblo.
 —¿Cómo?
 —Los feroces Caputzines
 lo incendiaron.
 —Tu voz oigo
 y no lo creo.
 —¿Y mi madre?
 Atlatzin preguntó ansioso.
 —Sufriré haciendo que sufras.....
 duerme en eterno reposo.
 Los Caputzines entraron
 al pueblo; los hombres todos
 escaparon con presteza
 á los cerros montüosos.
 Yo no pude..... ¡á qué pintar

los desastres horrorosos
 que allí hicieron? Uno de ellos
 llegó á tu casa, ¡oh Cirosto!
 y sobre de Mazanitla
 se arrojó..... Calma tu enojo
 y escucha. De Atlatl la madre
 luego acudió en su socorro
 y tomando por el cuello,
 al vil que así su desdoro
 quiso, lo oprimió con fuerza.
 El sacó el puñal de pronto
 y por deshacerse de ella
 la hirió por el cuerpo todo.
 Ella no soltaba; al cabo
 toda la sangre en el rostro
 se agrupó del vil soldado.
 Se puso negro, espantoso,
 y haciendo un grande ruido
 redó por fin en el polvo
 con él la anciana arrastrando,
 la que con esfuerzo heróico
 todavía no soltaba.
 El los brazos mueve en torno,
 y haciendo un último esfuerzo,
 el fuerte puñal filoso
 tres veces hunde en el cuerpo
 de su enemiga; da un ronco

gemido y espira luego;
 y espira la anciana á poco.
 —¿Dices verdad? ¿Mazanitla
 pudo escapar sin desdoro?
 ¿Ella es vírgen todavía?
 —¿Pues no nos ve Dios, Cirosto?
 —Gracias cielo! Atlatl, no llores.
 —Llorar! No lloran mis ojos,
 mas mi alma pide venganza,
 mis dardos se mueven solos.
 Aun de hablar no acababa,
 y en el llano pedregoso
 se vió asomar una fuerza
 de españoles. Iban todos
 á caballo, y los mosquetes
 daban reflejos vistosos.
 —Ellos son— Atlatzin grita,
 y sobre ellos con arrojo
 se lanza; todos lo siguen.
 Los españoles de pronto
 se sorprenden, pero luego
 mirando que eran muy pocos,
 á su vez cargan con furia.
 La pólvora arde. Briosos
 los caballos atropellan
 á los indios, que en su enojo
 lanzan mil dardouques caen

en las armaduras rotos.
 Fué lucha desesperada.
 Muertos yacen en el polvo
 los Purechas, Atlatzin
 y su amigo luchan solos.
 Atlatl contempla el peligro,
 vé de su hermano el arrojito
 y—á mí, grita, á mí—¿Qué he hecho?
 Heridme á mí, volved todos
 contra mí solo las armas.....
 No pudo seguir, su rostro
 se demudó, soltó al punto
 el Maquahuitl poderoso,
 é inmóvil quedó cual roca.
 Y es que miraron sus ojos
 caer á su amado hermano
 revolcándose en el polvo.

XI.

AMOR DE ULTRATUMBA.

Cerca de Pátzcuaro existe
 una selva inmensa, oscura,
 sombría por la espesura
 y por lo sombría triste.

Pinos que fruto no dan,
 crecen ahí solamente;
 y ni una flor ni una fuente
 bajo sus sombras están.

No se oye ningun ruido,
 el viento está silencioso,
 todo se encuentra en reposo
 bajo el ramaje tupido.

Apenas se mira el cielo
 en donde el ramaje falta;
 y ningun insecto salta,
 y ave ninguna alza el vuelo.